

INCORPORACION DE LOS NUEVOS MISIONEROS A SUS DESTINOS



REPÚBLICA DOMINICANA

El día 10 de Marzo viajaron a República Dominicana Juan Antonio y Carlos, para incorporarse en el proyecto de cooperación misionera que desarrolla el Centro de Reflexión y Acción Social Padre Juan Montalvo. Desde el Caribe nos escriben comentando sus primeras impresiones:

"Han pasado tres semanas desde que aterrizó el avión y no hemos podido tener mejores impresiones. El país es fantástico en cuanto al clima y a la gente.

Las primeras dos semanas hemos estado viajando de arriba a abajo del país. Hemos pasado por la capital Santo Domingo, Jimaní, Dajabón, San Juan de la Maguana, Vallejuelo, Santiago. Y en muchos sitios hemos estado varias veces.

Uno de los motivos de estos viajes ha sido conocer los ámbitos del proyecto de los Jesuítas con respecto al trabajo social en República Dominicana.

El otro motivo de estos viajes es conocer al resto de compañeros de OCASHA-CCS que tenemos en la República Dominicana. Están de una u otra manera repartidos a lo largo del país. Son, en pocas palabras, una gente maravillosa. Hemos tenido la oportunidad de pasar varios días con cada uno. Algunos llevan aquí por muchos años, cuando terminaron su proyecto decidieron quedarse en este país... ¿qué tendrá la República Dominicana?... otros están inmersos en proyectos sociales y pastorales. Pero todos han aportado y han hecho más sencilla nuestra adaptación a esta realidad tan parecida y a la vez tan distinta a la española".

La familia misionera integrada por Antonio, Ana y sus hijos Carla, Paco y Moisés, viajaron el 20 de Abril a Ecuador para comenzar su nueva etapa misionera en la Archidiócesis de Portoviejo. Comparten sus primeros días:

"La paz del amanecer, cuando los rayos del sol acarician las aguas del Pacífico, ayuda a ofrecer ese nuevo día y lo poco que somos, a llenarnos de ilusión y salir

al encuentro de estas comunidades a las que nos toca servir y acompañar.

Aún en periodo de adaptación hemos de asumir poco a poco nuestras responsabilidades, pues la demora de los trámites burocráticos provocó que llegáramos con el curso comenzado. A los tres días los chicos entraban a clases y nosotros, como profesores del seminario, llevábamos dos semanas de retraso. Así mismo las reuniones ya programadas de los diferentes equipos de Cáritas han ido brotando a nuestro alrededor sin aviso previo, centrándonos y facilitando el encuentro con los actores pastorales.

Entre añoranzas y descubrimientos nuestros hijos van pasando estas primeras semanas, conociendo el barrio, la panadería, la tiendita, la chiflería, qué bus tienen que coger para ir al instituto y cuál para la vuelta. No está siendo fácil para ellos tampoco, a ratos un rincón enjuga esas lágrimas que provoca la distancia a aquello que era tan querido; sin embargo valoran los cambios, ríen con nuestras bromas y disfrutan la mañana del domingo en la playa.

Es un pueblo valiente, nos sentimos acogidos y acompañados; el párroco, Geovanny, siempre tiene su puerta abierta para que pasemos y tomemos lo que necesitamos. Desde el aterrizaje ya sentimos el abrazo de esta tierra a través de Karina, Catalina, Sandra, Ernesto, Mario y sus familias. Tampoco han faltado las llamadas y los mensajes de bienvenida.

La mesa compartida y el diálogo fraterno nos ayudan a tener nuevas visiones de esta misma realidad. Los reencuentros con amigos reconducen nuestras primeras impresiones y contrastan con lo dejado hace siete años. Todo cambia, todo pasa. No hay un fin de semana que no haya visita y necesitamos echar colchones al suelo para poder dormir todos, un cariño desbordado después de tantos años lejos de esta tierra. ¡Gracias! ¡Mil gracias!

Hay que saber dejarse pastorear y confiar en el pastor para poder ser parte del rebaño y vivir la aventura de seguir sus pasos de compromiso y servicio."

Un saludo a todos y prometemos seguir compartiendo sensaciones y vida."



COOPERACION EN EL ALTO. BOLIVIA.

El contacto con los jóvenes se va haciendo más intenso, hemos creado un clima de confianza, un espacio para sacar de lo profundo de su corazón aquello que los aflige y que a veces, no les deja ver el futuro con esperanza y optimismo.

Estar a su lado, acompañarlos, escucharlos, hacerles ver que sí existen y que sí tienen futuro, creo que se ha convertido en nuestra forma de entender la misión, porque cada vez estamos más convencidos de que somos instrumento, de que nuestro ser cristiano se hace más verdad cuando podemos ponernos al servicio de aquellos que Dios pone en nuestro camino.

En nuestro caminar junto a ellos, hemos abierto un espacio de diálogo fraterno, donde puedan expresarse, enojarse y alegrarse. Conversando con estos jóvenes (de 15 a 20 años), nos van compartiendo, a nosotros y entre ellos, sus preocupaciones y también sus esperanzas.

Hay cosas que nosotros damos por hechas, como comprar unas gafas, un lápiz para el colegio o dejar que nuestros hijos tengan oportunidades de crecimiento sano, como jugar con sus amigos, quizás a veces haciéndoles la vida muy fácil. Pero estas "cosas que se dan por supuestas" en determinados ambientes y situaciones se convierten en verdaderas cruces y caminos hacia un calvario personal. Unos ejemplos que los jóvenes nos comentan:

"Voy a trabajar, haciendo tareas o lo que me pidan, porque tengo que comprar lápiz, goma, cartulina para el colegio, mi papá y mi mamá no me dan dinero y los profesores me lo piden"

"No veo, y me duele la cabeza cuando tengo que leer de la pizarra, pero mis padres no quieren comprarme unas gafas, dicen que son muy caras"

"Su mamá está en el campo, vive con su abuela, y le han sacado del colegio porque es mucho gasto y no pueden mantenerlo, ahora tiene que trabajar."

"Tengo 20 años, estoy en la universidad, pero mis padres me han dicho que ya tengo que casarme o ganar dinero, que ya estoy grande para que me mantengan"

Algunos pensarán que esto es fácil de solucionar, que se compran las gafas, el lápiz o se da una beca y listo. Pero detrás de estas situaciones está la tristeza de no sentirse que-

rido ni importante para tus padres o la desesperación de ver como tus amigos tienen lo justo y tú no tienes dinero para lo básico. Estas situaciones empujan a muchos jóvenes al alcohol, a la violencia... a dejarse llevar.

Si queremos entender porque murió Jesús, no podemos olvidar que una de las causas fue porque ni el poder de Roma, ni el poder del templo judío, soportaron la manera sincera y coherente de vivir y actuar de Jesús, que se puso al lado de los pobres y marginados, al lado del amor al prójimo y no al lado de las leyes y de las costumbres. Su muerte fue consecuencia de una vida de servicio y amor, a todos, pero especialmente a los pobres, aquellos que sufrían explotación y marginación.

Este año en la capilla, estaremos viviendo el jueves santo como el día en que Jesús, junto a sus hermanos derramó su amor, y que ese amor, es un amor real y concreto que se puede palpar, un amor que está del lado de quien sufre, y que su sufrimiento también lo es de Dios.

Que la cruz del viernes santo, es sufrimiento, sufrimiento que hoy para estos jóvenes son las pandillas, el alcohol, la soledad, la violencia, la pobreza y los abusos; pero también la cruz es símbolo de entrega y solidaridad profunda. Que sientan que en su sufrimiento alguien ha estado padeciendo con ellos; y a nosotros, que no lo vivimos, nos haga tenderles la mano, acompañarlos, poner nuestro hombro en sus tristezas y esperanzas y vean que estamos a su lado y de su lado.

Viviremos el sábado santo como el triunfo de la vida y la esperanza, que la resurrección sea una luz para sus vidas. Alguien dijo que la resurrección es una utopía para los pobres, que los satisfechos no necesitan resurrección, solo cosas y más cosas. Pues acerquemos esa utopía lo más posible a la realidad de una vida justa y solidaria.

Y creemos que esto último es nuestro gran reto, somos conscientes de que no podemos solucionar todos sus problemas, pero sí uno de ellos, el sentirse comprendidos, y juntos como comunidad de hermanos, apoyándonos unos a otros vamos a conseguir que la cruz no sea el final, que el Dios de Jesús no sea un Dios de dolor y muerte, sino de esperanza y alegría, de resurrección a una vida mejor, en la que quizás no tengan, el mejor teléfono, ni el mejor ordenador, quizás ni una lavadora, pero en la que van a sentirse plenos y llenos del amor y comprensión de Dios y de sus hermanos.